

y de la fuerza, ha divinizado la religión cristiana el dolor, el martirio, el sacrificio, la pobreza y la muerte. Pasó ante Colón, como ante todos los reveladores, el melancólico cenáculo, el triste Olivete, la noche del huerto, la venida del ángel con los acíbares de todas las amarguras en su cáliz, el traidor sueño de los apóstoles, el beso de Judas, la negativa de Pedro, las blasfemias de Caifás, los insultos en el Pretorio, la calle de Amargura, las tres caídas, los azotes á la columna, el lazo de los puños, el clavo de las manos y de los pies, la esponja de hieles en los labios, la corona de abrojos en las sienes, el suspiro de dolor que llenó el Universo, la muerte de todo un Dios en la cruz, es decir, la condensación de todas las lágrimas y de toda la sangre derramada por la humanidad en el triste Calvario de su misérrimo planeta. Después, estáticos los ojos, las manos plegadas, las rodillas en el suelo, no cabiéndole ya el corazón en el pecho ni la esperanza en el corazón, acercóse á la mística cena y tomó el pan eucarístico, por cuya virtud, transfundida en sus carnes y en su sangre la carne y la sangre de Cristo, ninguno de los dolores pasados podían extrañarle y ninguno de los dolores venideros sorprenderle ya, pues á medida que crece la grandeza intelectual y moral en el hombre, también crece la pena y la desgracia en la vida. El alma de Colón estará por una eternidad en el coro donde resplandecen las almas de todos los grandes iniciadores históricos. El carácter intelectual suyo será el carácter intelectual de lo porvenir; una ciencia que no excluya la fe y una fe que no maldiga la ciencia. Como en el Evangelio

de San Juan, recitado aquella sublime madrugada por Fr. Pérez al oído del Profeta, será luz material el Verbo divino y Verbo divino la luz material: *lumen de lumine, Deum verum de Deo vero*. La ciencia no se mantendrá en abstracciones puras y estériles, creyendo su ministerio concluído con decir la verdad; tomará de la fe sus piedras por los desvalidos y proclamará que no valen cosa los secretos arrancados al misterio eterno, cuando su revelación marre de algún modo en prosperar el humano bien. Concluiráse todo esto de que la religión se niegue al raciocinio, y de que la ciencia nos condene á la pena capital de una eterna muerte y de un olvido eterno. La grandeza de Colón consistía en esto, en el *Sursum corda* con que respondía su fe espiritual á todas las negativas, y en la confianza de sí con que penetraba sin arredrarse dentro de los misterios: que así como hay fuego bajo la tierra más fría, está Dios bajo la obscuridad más espesa. Sin aquel nativo entusiasmo suyo, nunca concibiera el plan inverosímil que ha renovado la Naturaleza; y sin la pertinacia en su entusiasmo, nunca lo hubiera cumplido; mas no debe olvidarse que tal fuerza creadora le provino de la misteriosísima suma entre dos factores tan luminosos y tan vivificantes como la religión y la ciencia.

Semejante al Yima que nos presenta el Zendavesta, lanzóse audaz por el camino, donde parecía que se apagaba el sol, y puso muy lejos el ocaso, robándole así dominios á la noche y espacio á las tinieblas. Pero conseguía esto porque sus ideas volaban al mismo tiempo entre las lámparas y entre las estrellas, calentándose así al rayo

luminoso del humano saber como al místico fuego del divino altar. Colón se había refugiado en sí mismo cuantas veces lo tendiera derribado por el suelo frío la desgracia implacable, y en sí mismo había encontrado la esperanza; porque, cual en lo más hondo del Universo, en sí mismo había encontrado también á Dios, ¿Nos extrañará que haya sido iniciador quien combinaba los números con los astros y los astros con las ideas y las ideas con los intereses? ¿Nos extrañará que haya hecho hablar á la esfinge de una tierra callada y oculta quien uniera con el dogma el cálculo y á las abstractas operaciones del matemático juntara las prácticas piadosas del creyente? Así, este revelador Hermes ha descifrado geroglíficos del Universo inscritos en las entradas tormentosísimas del mar tenebroso por la mano del destino antiguo, los cuales jeroglíficos, al caerse y disiparse bajo el conjuro de la palabra del descubridor, nos mostraron á una con ríos tan grandes como nuestros mares y montañas tan enormes que parecían levantar el cielo á mayor altura y floras extrañas y perlas sinnúmero y gentes sin pecado, como si nos hubiera devuelto á la triste descendencia de Adán el perdido paraíso. Los velos que ocultaban esa Isis del mar, á la cual denominamos América por designarla con cualquier nombre, jamás se hubiesen rasgado, si Colón, al mismo tiempo que calculaba, no hubiera creído.

Así, cuando terminó de oír misa y de tomar la comunión, sintióse más fuerte. Y bien lo había menester; porque le inundaban las lágrimas el rostro y le rompían los latidos de su corazón el pecho al separarse y despedirse del

fraile que le asegurara la realización de su empresa, del cosmógrafo que la esclareciera con sus ideas, y sobre todo del hijo de sus entrañas, que le partía en pedazos con sus besos, y con sus lloros y con sus cariños el alma. Pero precisaba descender á la playa por fuerza, y descendió con resolución, arrancándose á brazos que lo retenían en la tierra como las raíces al árbol, cuando iban abriéndose ya las alas de sus velas para conducirlo por el cielo y el mar. Así llegó bien pronto al muelle de Palos, y cuando el alba iba rayando por Oriente, la nao capitana se acercó á recibir con verdadera majestad al nuevo argonauta. La vibración de cuerdas y lonas, el movimiento de tripulaciones y aparejos, el silbato de contramaestres y el grito de marineros, propios á las preparaciones del zarpar, divulgaron las señales de partida por el aire y atraieron la gente ribereña, siempre madrugadora, por la costa, en el vivo natural deseo de ver la operación curiosísima y despedir á los expedicionarios, de todos naturalmente amados. Imposible comprender estas despedidas en los pueblos marineros como no se hayan alguna vez presenciado. Las ausencias y separaciones frecuentes en los trabajos marítimos acrecientan el amor en la familia y este acrecentamiento del amor los dolores anejos á las terribles separaciones. Así, mientras los marineros movían el estruendo natural á la ejecución de sus maniobras, oíanse gritos de tiernas despedidas, ayes lanzados por las almas y mal reprimidos por las enronquecidas gargantas, sollozos de mujeres desesperadas acompañados por lloros de niños, los cuales se dolían, sin saber por qué, avisados de un

instinto, cuyas revelaciones les decían también cuánto y cómo tenían que llorar ellos en la vida por la tristísima herencia de penas y dolores, en verdad aceptada sin beneficio de inventario. Cuando Colón pasó del esquiife á la carabela y se levantaron las áncoras, un escalofrío general recorrió el cuerpo de los tripulantes que se iban y el cuerpo de las personas que los despedían. Al dolor, engendrado por todas las navegaciones, uníase ahora en ésta la incertidumbre del resultado, sólo propia para generar la perplejidad en los ánimos, esa perplejidad llena de verdaderas angustias. Sabían de dónde iban; pero así que, tomado el rumbo á Cádiz, y tras Cádiz á Canarias, y tras Canarias al Occidente, dejasen tales islas, recién conquistadas unas, y otras por conquistar todavía, desconocían todos el derrotero que iban á seguir y á dónde llegarían y en cuánto tiempo. La cruz flotaba sobre aquella nao capitana, que iba zarpando hacia lo desconocido, hacia lo ignorado, hacia lo misterioso, quizás todo ello impenetrable, quizás todo ello inaccesible, quizás á la inteligencia humana superior é inaquistable por la humana voluntad, como lo infinito que nos rodea, como la eternidad en que todo se sucede, como el ideal de perfección adonde nos dirigimos de continuo sin llegar jamás, como el más allá de todos los deseos y de todos los afanes y de todos los esfuerzos y de todos los anhelos á que nuestra vida entera se dirige y se alza, volviendo á caer sobre sí misma dentro de su límite y de su lecho, á la manera del mar embravecido y encrespado, que los huracanes del cielo baten y levantan en tormentosas aguas, las cuales como que

quieren apagar los astros y luego tornan dentro de su inmenso lecho á caerse y á callarse.

Ya hemos dicho en otra ocasión que la carabela se prestaba, como ningún barco del tiempo, al hercúleo esfuerzo de las exploraciones oceánicas y al hallazgo de los territorios apartados. Harto resistentes y grandes para el fin de contrastar las alteraciones y embates oceánicos, eran también harto ligeras y estrechas para reconocer la desembocadura de los ríos y bogar entre orillas mansamente. Sin embargo, según el sentir de maestros en las artes náuticas, llamábase carabela, por regla general, en tiempo de Colón á todo barco de carga, cualesquiera que fuesen sus dimensiones y su resistencia. «Embarcación de una cubierta, larga y angosta, con un espolón á la proa», dice nuestro Diccionario de Autoridades, al cual consultamos como á un oráculo del idioma nacional, definiendo la palabra carabela. Esta definición verdaderamente no puede sufrir ningún reparo en su primera fórmula, si hemos de atender á cuanto dicen tratados de náutica escritos con verdadera competencia. Pero cuando el clásico Diccionario añade que tienen las carabelas tres mástiles iguales casi, con tres vergas muy largas y en cada verga su correspondiente vela latina, el reparo surge, pues carabelas llamamos á las tres embarcaciones de la flotilla mandada por Colón y sólo una llevaba la clase de vela indicada por nuestro Diccionario, la más diminuta y frágil, bautizada por ende con el nombre de *Niña*. También el Diccionario de Autoridades castellano riñe luego con los libros clásicos de marinería, cuando asegura

que aparecen como de mucho peligro las carabelas, pues á causa de su ligereza vuelcan pronto, si no se cambian con grande celeridad las velas, que son uniformes, mientras maestros en mar, en ciencia y experiencia náuticas, las presentan hoy como resistentes y fortísimas para los menesteres de aquellos tiempos. Ochenta toneladas le reconocen á la carabela colombina los más, y una popa cuadrada concluída por un castillo alto en contraposición al de proa, mucho menor y con velas recuadradas unas y latinas otras generalmente. Sin embargo, la definición de un maestro en estas cosas hace las carabelas mayores que lo generalmente de sus dimensiones creído, y las describe como «de marcha rápida, de construcción sólida, de dos castillos alterosos á popa y proa, de tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor trinquete y mesana latina.» Unos dicen que andaban veintiocho leguas en cada veinticuatro horas y dicen otros que andaban hasta setenta y dos. Yo he visto con mis propios ojos en la Biblioteca Colombina las carabelas de Colón perfectamente dibujadas. El descubridor mismo las ha trazado con aquella mano firme, de antiguo hecha, por su oficio, al dibujo de mapas y derroteros y objetos marítimos, con una indudable fidelidad. Hállanse copiadas sobre la primera Década de Angleria, que se conserva entre los libros más preciosos del segundogénito de Colón, su Fernando. La desproporción de dimensiones entre las naves á primera vista salta y con la desproporción de dimensiones la diversidad completa de aparejos. La *Santa María* excede y aventaja mucho á sus compañeras en forma y en